

que dirigía Mutio, Lope de Rueda, que ya habría hecho el aprendizaje en su ciudad natal, se resolvió á dedicarse enteramente á la farándula y emprendió la vida aventurera, y apicarada entonces, propia de tan asendereado ejercicio.

En ella andaba cuando en 1552 conoció á una Mariana, cantadora y bailadora, á quien D. Gastón de la Cerda, duque de Medinaceli, valetudinario antes que viejo, había retenido seis años en su casa de Cogolludo, para que, vestida de paje las más veces, le divertiera luciendo sus habilidades y *diciedo gracias*. Muerto el duque, casóse Lope de Rueda con esta Mariana y en Julio de 1554 pidió y obtuvo por justicia sus salarios (600.000 maravedís) de los herederos de aquél.

Imposible sería hoy reconstituir el complicado y cien veces recorrido itinerario de Lope de Rueda; sábese tan sólo de algunas de sus estancias, por ejemplo, la que en Junio de 1554 hizo en Benavente, á costa del duque de este título, á fin de celebrar el paso por aquella villa del príncipe D. Felipe cuando fué á embarcarse para Inglaterra. En aquella ocasión salió Lope de Rueda á un patio "con sus representantes, y representó un *auto* de la Sagrada Escritura, muy sentido, con muy regocijados y graciosos *entremeses*, de que el Príncipe gustó mucho".

Y así, rodando mundo, en 1558 tomó parte en las fiestas con que Segovia inauguró su iglesia catedral; al año siguiente, sacó dos carros de representación en la fiesta del Corpus de Sevilla, y, ya viudo (y ésta es noticia ignorada hasta ahora y que debo á mi docto amigo el notable hispanista monsieur Henri Mérimée), en 1560 contrajo en Valencia nuevo matrimonio con Rafaela Trilles, valenciana, también viuda, más conocida por su doble nombre de Angela Rafaela ó Rafaela Angela, y de la cual, estando en Sevilla por Junio de 1564, tuvo una hija, por cuya partida de bautismo, que encontré en 1900, se echa de ver cuán estimado de las personas de distinción era el buen ex batihoja, pues fueron sus compadres el alguacil mayor de la ciudad, su teniente, y uno de los oidores de la Audiencia

Pero ¡cuántos sinsabores y penalidades á cambio de un poco de fama y gloria! ¡Qué ajetreada vida la de aquellos cultivadores del antiguo arte escénico! Y como jamás andaban sobrados de dinero, y entonces se prendía por deudas, á cada paso poníaseles á recaudo en las cárceles, y para salir de ellas tenían precisión de dejarse atrás, mal empeñados en poder de usureros sin entrañas, lo mejorcillo de su ajuar y vestuario de comediantes, adquirido sabía Dios á cuánta costa. Después de una vida tan azarosa, á la par que tan divertida y alegre

(que eso es vida: acíbar y miel que alternan y á veces se mezclan y se confunden en un brebaje agrídulce de todos los diablos), Lope de Rueda murió en Córdoba, en la primavera de 1565. Por su testamento se cae en la cuenta de cuán mal le había ido poco antes en la imperial Toledo: los más de sus trapos de histrion y de las ropas de Angela Rafaela, y hasta los míseros trebejos de su casa, quedaban allá empeñados en poder de cuatro ó cinco acreedores.

En Lope de Rueda se aunarón maravillosamente, como en ningún otro español, las notables cualida-

des del representante y el sumo ingenio del autor. El fué, en frase de Cervantes, que le vió representar en Sevilla por los años de 1564, "el primero que en España sacó de mantillas las comedias y las puso en toldo y vistió de gala y apariencia", rotunda afirmación con la cual convienen las de Juan de la Cueva y las del otro gran Lope, *monstruo de la Naturaleza*.

Como autor tiene Lope de Rueda mérito relevantísimo, así por sus comedias, felices imitaciones del teatro italiano, como por sus coloquios pastoriles, llenos de dulce poesía; pero muy especialmente por sus *pasos*, lindísimas piezas sembradas de sal netamente española, en las cuales, en donde alienta y vive risueña y regocijada el alma popular de su tiempo, dejó á la posteridad insuperables modelos que imitar é inmarcesibles gracias que reir. Por todo ello, como autor y como representante merece la preferencia que le da EL TEATRO publicando su retrato y este humilde elogio en su primer número.



LOPE DE RUEDA



JACINTO BENAVENTE

El insigne autor español, honra y orgullo de nuestras letras, nos sorprende constantemente con la rica variedad de su gallardo ingenio. Bastaría cualquiera de las brillantes manifestaciones y orientaciones de su facundioso talento para hacer la envidiable reputación de un hombre.

Desde su primera comedia *El nido ajeno* á *La escuela de las princesas*, Benavente ha deleitado siempre nuestro espíritu revelándose á un tiempo sutil ironista, romántico, satírico, estilista, poeta, humorista, sociólogo, galante, pensador, frívolo, creyente, revolucionario, soñador, escéptico, cuanto la vida refleja en el humano pensar y sentir, y todo esto concebido y expresado sin afectaciones, sin los trompetazos de la pedantería, suave y espiritualmente dicho, aun aquellas cosas más hondas y definitivas que parecen pedir la austeridad y el gesto solemne de las grandes y aparatosas afirmaciones.

Benavente ha hecho una obra de cultura inten-

sísima, creándose, formándose un público suyo; sosteniendo él solo todo un teatro, abordando todos los géneros conocidos, con la seguridad de un maestro en cada uno de ellos.

Por si algo faltaba á su amplitud de miras, á su *plan de enseñanza*, actualmente ha puesto sus amores de artista en la realización de un generoso ideal: el teatro de los niños, obra de altruista educación que se dispone á emprender solicitando el concurso de cuantos autores españoles quieran prestarle ayuda.

De su labor para la presente temporada puede decirse que será como siempre provechosa y fecunda, diez ú once actos, que admiraremos en la Comedia, en el Español y en Lara, que Benavente ha de dar á cada uno su buena parte en el festín de su ingenio.

EL TEATRO le rinde, en éste su primer número, el homenaje de admiración y cariño que tan privilegiado ingenio merece.

TEATRO DE LA COMEDIA

LA ESCUELA DE LAS PRINCESAS

COMEDIA EN TRES ACTOS, POR D. JACINTO BENAVENTE



PEPE SANTIAGO EN EL PRÍNCIPE MÁXIMO

Fot. R. Cituentes

Puede decirse que estas crónicas se inauguran con la temporada teatral. En efecto, hasta el jueves, en que abrió sus puertas la Comedia con el estreno de *La escuela de las princesas*, la temporada teatral no podía darse por comenzada, siquiera hubiese habido buen golpe de estrenos en los numerosos teatros donde tienen posada las varias Musas menores del género chico. La literatura estaba todavía de vacaciones hasta el estreno de Benavente.

No sé por qué instintiva asociación de esas que prende nuestra fantasía en un título, *La escuela de las princesas* me parecía anunciar una comedia alegre y mordaz, poblada de princesas vaude-

villescas. Pero á medida que la acción de la bella comedia de Benavente iba desarrollándose por las salas del palacio de Alfania y el jardín versallesco de la princesa Eudoxia, veíamos aparecer una cosa muy distinta: una moral de princesas, un doctrinal de infantas, del cual rebose después el asunto dramático pasando á convertirse en un ejemplo de aquella disputa antigua y de todos los tiempos, aunque ahora no se ventile ordinariamente en jardines de Acadero ni en otras escuelas de filosofía, entre la felicidad y la virtud, que decían los antiguos. Nosotros, más escépticos respecto de todo género de virtudes, solemos decir el deber, que por ser cosa más abstracta y vaga compromete á menos.

Benavente ha puesto entre las centellas de ingenio que animan la acción de su comedia un grano de estoicismo y de renunciación que tiene el sabor picante de lo inesperado entre el frustrar de las sedas de las princesas de Alfania. El ilustre dramaturgo, que es á sus horas un revolucionario, se nos muestra en esta obra en otra hora mental, pues es privilegio de los altos ingenios tener muchos momentos y facetas diferentes. Como en *La fuerza bruta*, que es la obra del propio autor á que más se parece en la tendencia espiritual y ética *La escuela de las princesas*, aunque el marco sea completamente distinto, aquí Benavente ha rendido el homenaje de su talento dramático á aquella buena y honrada moral que dictaba las finalidades de las comedias antiguas y que hoy, á fuerza de haber sido usada por los hombres, nos parece un tanto envejecida, pero que no necesita más que la adorne y la vista el ingenio de un psicólogo, para reaparecer remozada, como una princesa de cuento de hadas que tomó la figura de una vieja regañona y cuando es llegado el momento se torna otra vez hermosa y joven, como anoche la vimos en la Comedia.

La escuela de las princesas es en este sentido la obra de contraste con *La princesa Bebé*, donde habla otra moral enteramente opuesta, la moral de la rebeldía, de la exaltación de la personalidad, del derecho á la felicidad, de la persecución aventurera de la dicha, un nietzscheismo romántico que hace vibrar en nosotros fibras muy íntimas. Por fuera se parecen ambas obras en las brillantes escenas de las Cortes, en los atavíos de las damas, las maneras cortesanas, el ambiente de distinción; pero el espíritu que mora en cada una de ellas es distinto y aun contrario.

* * *

El primer acto de los tres de la obra de Benavente se desarrolla en las habitaciones particulares de las princesas de Alfania. Allí, en un marco de estilo Imperio y entre las ingeniosidades de la murmuración cortesana, apunta el conflicto sentimental. La princesa Constanza, cuyo matrimonio se ha concertado con el príncipe de Suavia, está enamorada (estar y creer es lo mismo cuando se cree con convicción) del duque Alejandro.

El acto se invierte en retratar con amena sátira á las figuras de la corte y en conseguir que triunfe el amor de la princesita sobre la razón de Estado. Al cabo, el amor triunfa; el duque Alejandro es de estirpe casi regia, querido del pueblo y el ejército; sus amores con la princesa son populares. La corte de Suavia accede á que el príncipe Alberto se case con otra princesa de Alfania. La razón de Estado tiene más acepción de categorías que de personas. La princesa Felicidad, designada para reemplazar á su hermana la princesa Constanza, se consuela de su sacrificio fraternal pensando que acaso el príncipe de Suavia será el infante lejano y desconocido con que soñó su cabecita romántica. El príncipe, á juzgar por los retratos, no es mal parecido, y cae el telón dejando en un momento de alegre y clara expectación de felicidad á las personas dramáticas.

El segundo acto nos lleva á la fiesta versallesca que en honor del príncipe de Suavia, llegado á vistas á la corte de Alfania, da la princesa Eudoxia. Allí, al borde de un lago alumbrado por linternas venecianas, hablan la princesa Constanza y su ex prometido el príncipe de Suavia. Una secreta é inesperada simpatía junta sus almas. "Princesita de los sueños locos, ¿por qué no supiste esperar?", la dice él, y en esta exclamación asoma la nostalgia del amor que viene cuando ya es imposible. Entre ambos, príncipe y princesa, se cruza el discreto de una sutil metafísica del amor y de la felicidad, un tanto quitesenciada, quizá algo sofisticada, filosofía alada que vuela por la región del ensueño y á la cual el ingenio de Benavente ha puesto alas de mariposa, sembradas de polvillo de ilusión.

En el tercer acto reaparece el conflicto. La caprichosa princesita no quiere ya al duque Alejandro, ¿por qué no esperó? Pero, ¿cómo volver á trastornar los proyectados enlaces por una nueva veleidad de la fantástica infantina? Ha llegado la hora en que la moraleja debe aparecer en las comedias, en que el desenlace pide con urgencia una solución, y es el mismo príncipe de Suavia quien la da reconciliando á la princesa con el duque Alejandro, haciéndola ver que de todas las engañosas formas de la felicidad el sacrificio es la más verdadera, quizá por su amargor melancólico.

* * *

La escuela de las princesas es, en resumen, una comedia llena de finuras psicológicas, más delicada que intensa, en que todo se suaviza y se esfuma y hasta el dolor se diluye en tenues tintas de melancolía, y el destino toma apariencias galantes y cortesanías y acaba por esparcir un bálsamo de resignación sobre los corazones. Es una comedia edificada sobre un asunto tan frágil como la inconstancia y los caprichos de una mujer. Un tema dramático que el espíritu fino y sutil de Benavente ha vestido de encajes de ingenio y gasas de ilusión que nos hacen creer que hay en la comedia más de lo que acaso hay efectivamente.

En las dos figuras de la princesa Constanza y el príncipe Alberto de Suavia se encierra el interés de la obra: ella, tan mujer, toda femineidad, inconstancia, ensueño; él, tan viril en su filosofía del sacrificio y del deber, sobre la cual ha extendido Benavente, con sagaz adivinación de almas, para hacérsola grata, la nostalgia del amor que

fué posible y que ya no lo es. Los personajes secundarios y principalmente el príncipe Máximo (Santiago), la princesa Eudoxia (Sra. Martínez), la duquesa de Berlandía (Alba), el príncipe Silvio (Vilches) son graciosísimos, de pura cepa benaventiana.

La ejecución fué una interpretación armónica, de conjunto, de esas en que no se destaca el arranque genial de un artista; pero todos concurren inteligentemente á encarnar en el simulacro de vida de las tablas la creación dramática, que hasta entonces no nace por completo. Las señoritas Moreno y Pérez de Vargas nos parecieron dos gentilísimas princesas muy *en le physique du rôle*, y que matizaron las notas de melancolía, de frivolidad y de coquetería de sus papeles; la señora Martínez fué la discreta y equilibrada actriz que tantas veces hemos aplaudido, y la Sra. Alba, en un papel no enteramente adaptado á sus facultades, supo mantenerle á plausible nivel.

De los actores, Santiago dió al papel del príncipe Máximo, que es el de más fuerza cómica de la obra, la acertada personificación que podía esperarse de este notable actor. González se mostró un excelente galán en el papel del príncipe Alberto de Suavia; Vilches, Bonafé y los demás intérpretes, cuya lista fatigaría acaso al lector, contribuyeron al buen éxito de la obra de Benavente, á la que deseamos, sobre los aplausos del estreno, un público bastante sutil, bastante aficionado á delicadas psicologías, para que pueda apreciar la finura espiritual, un poco frágil, de *La escuela de las princesas*.

ANDRENIO



EL PRÍNCIPE MÁXIMO (SR SANTIAGO)

EN EL PRIMER ACTO

Fot. R. Cifuentes

FRAGMENTOS DE LA OBRA
ESCENA IX DEL ACTO SEGUNDO

LA PRINCESA CONSTANZA Y EL PRÍNCIPE ALBERTO

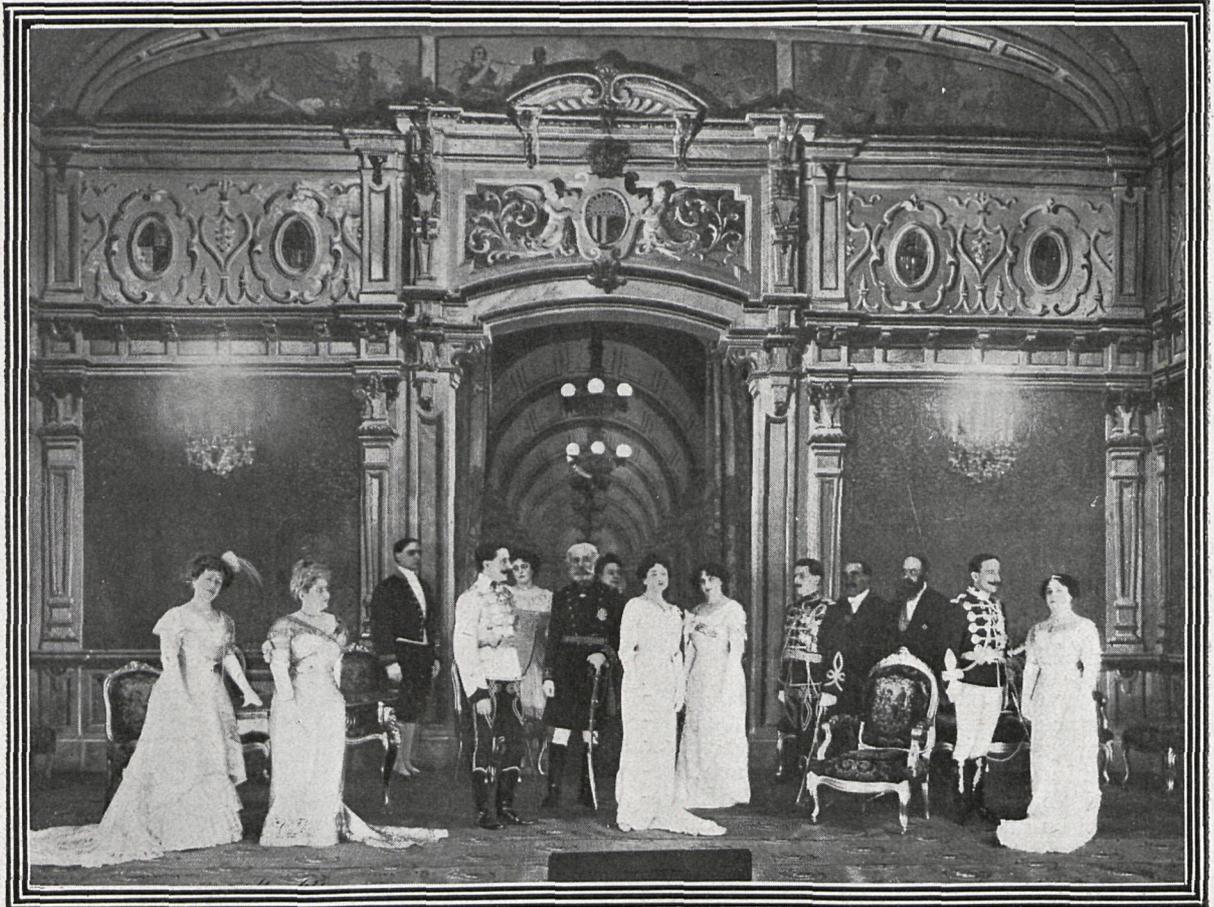
ALB. No hemos de mirar nunca si los demás son dignos de nuestro cariño... Sólo hemos de mirar si nuestro corazón es capaz de querer dignamente... Princesa como eres, reina como pudieras serlo, ¿invitarías á

igualmente libres sin revoluciones y sin leyes...

CONST. Ahora veo que no has amado nunca.

ALB. Todo lo que era digno de ser amado. Por eso me creo digno de serlo yo también.

CONST. Entonces, ¿qué debes pensar de mí?



ESCENA FINAL DEL TERCER ACTO

Fot. R. Ciliuentes

Duquesa de Berlandia, Sra. Alba; Princesa Eudoxia, Sra. Martínez; Príncipe Alberto, Sr. González; Embajadora de Franconia, Sra. Sánchez; Rey de la Alfania, Sr. Bonafé; Embajadora de Suecia, Sra. Dominguez; Princesa Felicidad, Srta. Pérez de Vargas; Princesa Alicia, señora Carbone; Príncipe Silvio, Sr. Vilches; Embajador de Franconia, Sr. Portes; Embajador de Suavia, Sr. Molinero; Duque Alejandro, señor Rivero; Princesa Constanza, Srta. Moreno.

un soberano á tu palacio sin haberle dispuesto regio alojamiento? Y si tu palacio estaba dispuesto para recibirle, ¿no sería siempre regio palacio aunque el rey esperado no llegara nunca? Así es nuestro corazón; debemos disponer cuanto es preciso para nuestra felicidad, aunque la felicidad no haya de llegar nunca...

CONST. ...¿Qué idea tienes de mí? Ahora consulto al filósofo.

ALB. ¡Oh, no!... ¡Filósofo! Es muy sencilla mi filosofía... Aceptar mi condición social con todos sus deberes... Comprender que sólo cumpliéndolos libremente, esto es, por propia voluntad, podía ser dichoso... y que en esto sólo podemos ser iguales á los demás hombres que no han nacido príncipes... No creas que esto no me ha costado algún trabajo... El gobierno de sí mismo es cosa difícil... pero después, ¡qué hermosa libertad! El día que cada uno fuéramos un tirano para nosotros mismos, todos los hombres serían

ALB. Que esa linda cabecita puede hacer traición á tu corazón... Que todo lo esperas de los demás y no has sabido esperar en tí misma. ¡Princesita soñadora, que has dejado asomar demasiado el corazón á los ojos, en vez de volverlos hacia tu corazón.

CONST. Sólo á mi corazón he mirado.

ALB. Era ya tarde. Estaba ya en él una imagen que lo obscurecía todo. Tú dices: es amor. ¿Y si no fuera más que tu voluntad...? La voluntad de creer que ese amor es librarle de tu aburrimiento de princesa, nunca combatido más que por ayas y preceptores, exigencias de ceremonial... y la amenaza de un matrimonio por razón de Estado... Princesita de los sueños locos, ¿por qué no supiste esperar...?

CONST. ¿Qué dices? Vas á hacerme creer que tu... No, no es posible... ó eres entonces más soñador que yo.

ALB. ¿Quién lo duda? Yo no pedía amor; me bastaba con ofrecerlo. Mi deber de príncipe antes, que era una certeza. El amor después que era una posibilidad...



PRÍNCIPE ALBERTO, SR. GONZÁLEZ; PRINCESA CONSTANZA, SRTA. MORENO

Fot. R, Cifuentes

ESCENA XIV DEL TERCER ACTO

CONST. ¡Alberto!

ALB. El rey te espera con el duque Alejandro.

CONST. ¿Por fin se ha dejado encontrar? Yo creí que había corrido á suicidarse desesperado.

ALB. No, por fortuna. Me han dicho que querías hablarme, y me he apresurado á venir, porque quiero ser yo quien te lleve á él, así... de la mano, como á una niña rebelde... que va á ser muy buena...

CONST. ¿Tú? ¿Llevarme tú?

ALB. Yo, sí... ¿Quién con más cariño?

CONST. Príncipe Alberto, estamos jugando con nuestro corazón.

ALB. ¿Hay otro medio de persuadir á las niñas caprichosas que ofreciéndoles juguetes...?

¿Cómo hubieras llegado á comprenderme si no hubiera hablado á tu corazón? Supe hacerme amar, para hacerme ahora obedecer...

¿No es verdad, mi princesa revolucionaria?

¿La de ideas y sentimientos propios? ¿La

que quiso vivir su vida como una heroína de

Ibsen...? Pero no sabes que todas las tira-

nías las acaba una revolución y todas las

revoluciones las acaba un tirano... ¿Quién

piensas tú que soy yo...? ¿El tirano ó la

revolución...?

CONST. No lo sé, ni me importa... Ni sé si te quiero ó si te odio... Sé que has venido á trastornar mi vida.

.....

CARICATURA
DE JACINTO
BENAVENTE



AUTOCRITICA

Es costumbre de los autores dramáticos negar que en sus obras haya símbolo alguno, como si el simbolizar fuera un pecado. No negaré yo que La escuela de las princesas sea simbólica; de un símbolo claro, casi infantil. Se ha abusado tanto en toda clase de filosofía y de literatura del exagerado individualismo, con aquello de "vivir nuestra vida", que he creído conveniente recordar que nuestra vida es la vida de todos, que por algo el hombre es un "animal social".

Contraponer á la indisciplina contra el

orden social el deber de aceptar sus leyes, que no son tan caprichosas como puede parecer, puesto que todas ellas nacieron de una necesidad social. Hacer de esta necesidad virtud; esto es, amar á todos para que el sacrificio no sea penoso.

Esto es toda La escuela de las princesas. Del acierto en la expresión de mi pensamiento no soy yo quien debe juzgar. Téngola por obra bien intencionada. Su intención la salve.

Jacinto Benavente